



# Voces al tiempo

Versión en Lectura Fácil

Tomo 2



# Créditos

Este libro en Lectura Fácil es una adaptación de tres cuentos del libro **Voces al tiempo**.

El servicio **Más Fácil** de **Plena inclusión Canarias** ha adaptado y validado este libro.

**Autoría de los cuentos:**

Amelie Lozano  
Beatriz Morera Miranda  
Noemi Fernanda Cabali Santana

**Coordinación de la adaptación a Lectura Fácil:**

Óscar Muñoz Rodríguez

**Adaptación a Lectura Fácil:**

José Jorge Amigo Extremera

**Validación:**

Pablo Buhigas Lorenzo  
Nereida Hernández Santana

**Maquetación e ilustraciones:**

Ana T. Domínguez García

**Edición:** Plena inclusión Canarias

**Impresión:** Gráficas Lumaid

**Primera edición:** mayo de 2018

**Depósito Legal:** GC 503-2018

© Lectura Fácil Europa. Logo: Inclusion Europe.  
Más información en [www.easy-to-read.eu](http://www.easy-to-read.eu)

# Índice

<b>Introducción</b> .....	5
Los cuentos del tomo 2 .....	11
<b>Clichés velados</b> .....	17
<b>De sonrisas ocultas</b> .....	35
<b>La iglesia de mi vida</b> .....	59
El bautizo de mi hijo Emmanuel .....	75





Tienes en tus manos el **tomo 2**  
**de Voces al tiempo en Lectura Fácil.**

Como te contamos en el tomo 1,  
**Voces al tiempo** es un libro escrito  
por 6 personas en el año 2013.

En **Voces al tiempo**, estas personas  
se reunieron para contar sus historias  
sobre la **violencia de género**  
que sufrieron en sus hogares  
cuando eran niñas y niños.

La **violencia de género**  
es la violencia física o emocional  
que sufre una mujer por parte de un hombre  
por el hecho de ser mujer.

En estos cuentos, puedes leer  
cómo estas personas recuerdan el pasado  
y cuentan sus historias.

Cada cuento empieza  
con un objeto apreciado,  
una experiencia vivida  
o un lugar amado.

Así, en este tomo puedes leer un cuento  
en torno a una cámara de fotos,  
otro que cuenta cómo una madre sonríe  
a pesar de todos los problemas  
y, por último, uno que empieza  
y acaba en una iglesia.

Son historias duras,  
que nos enseñan que estamos  
ante un problema grave  
que afecta a toda la sociedad,  
no solo a las personas que agreden  
y a las personas que son víctimas.

Los 3 cuentos de este tomo  
son **historias de superación**.



En las **historias de superación**, los personajes vencen muchos obstáculos y resuelven sus problemas. Gracias a esto, aprenden cosas nuevas que les ayudan a vivir mejor y a mejorar la vida de las personas que les rodean.

Como en el tomo 1, los cuentos de este tomo están adaptados a **Lectura Fácil** y han sido validados por las personas con discapacidad intelectual o del desarrollo que trabajan en el servicio

**Más Fácil** de **Plena inclusión Canarias**.

Gracias a la **Lectura Fácil**, podemos entender mejor las historias y conseguimos que un mayor número de personas puedan leerlas sin dificultades.

La violencia de género es un problema muy grave que atenta contra el derecho de las mujeres, de las niñas y de los niños a disfrutar del bienestar y a participar en las decisiones que afectan en sus vidas.

También atenta contra el derecho de las niñas y de los niños a desarrollar sus capacidades de forma adecuada.

Las niñas y niños que sufren violencia de género viven en hogares en los que el dolor se convierte en la norma.

La violencia afecta a su crecimiento personal y provoca daños psicológicos y físicos.

Estamos, pues, ante un grave atentado a los **Derechos Humanos** de la infancia.

Los **Derechos Humanos** son derechos que tenemos todas las personas y que nadie puede quitarnos. Son, por ejemplo, el derecho a vivir en libertad y en paz.

Las protagonistas de estos cuentos nos demuestran que es posible salir de situaciones de violencia de género y luchar por los derechos que nunca nadie debió quitarles.

Ellas nos enseñan que todas las personas merecemos tener vidas que valga la pena vivir.

## Los cuentos del tomo 2

Puedes leer 3 cuentos en el tomo 2:

- **Clichés velados,**  
de Amelie Lozano
- **De sonrisas ocultas,**  
de Beatriz Morera Miranda
- **La iglesia de mi vida,**  
de Noemi Fernanda Cabali Santana

En **Clichés velados**, **Amelie Lozano**

usa una cámara para explicarnos que hay malos recuerdos y sueños que se rompieron en una vida marcada por la huida.

La escritora cuenta cómo superó los malos momentos, junto a su madre, una mujer fuerte y valiente, y con el apoyo de muchas personas.

El esfuerzo y la confianza por salir adelante son muy importantes en este cuento.

Amelie Lozano nació en 1987.

Es **psicóloga jurídica**, tiene formación en **derecho penal**, casos de familia y violencia de género.

Una **psicóloga jurídica**

estudia el comportamiento de las personas en la ley y la justicia.

Por ejemplo, atiende a las personas víctimas de un delito y escribe informes para los jueces y los tribunales.

El **derecho penal** se encarga de las **penas**, es decir, los castigos por crímenes o delitos.

Cuando escribió este cuento,  
Amelie Lozano estudiaba Derecho  
para luchar contra las injusticias.  
También estudiaba francés y música  
porque, según ella, son los lenguajes del alma.

En **De sonrisas ocultas**, **Beatriz Morera Miranda**  
cuenta una historia muy triste.  
En la historia, su madre se esforzaba por sonreír,  
aunque la vida le doliese  
y su alma estuviese rota por el miedo.

La escritora cuenta la historia  
con los ojos de una niña,  
con mucha inocencia.

Es una historia con mucha amargura,  
pero también con mucha solidaridad y esperanza,  
porque las protagonistas no están solas  
y consiguen vencer los obstáculos  
gracias a la ayuda de sus seres queridos.

Beatriz Morera es profesora de inglés, ha estado en varios grupos de música y participa en varias asociaciones de lucha social.

El último cuento de este tomo se llama **La iglesia de mi vida** y la escritora se llama **Noemi Fernanda Cabali Santana**.

En este cuento, la escritora nos cuenta una historia en la que aparecen varios personajes y varios destinos: una madre, una hija, un padre, una hermana, las islas Filipinas, Cuba y Gran Canaria.

Se trata de un relato que nos muestra una realidad difícil, en torno a un padre muy duro y varios secretos que hicieron mucho daño a una familia.

La escritora, Noemi Cabali,  
consiguió salir adelante  
gracias al apoyo de su madre  
y de su compañero y amor.

Además, ella hace una reflexión muy interesante  
sobre lo que significa ser madre, ser padre  
y crear una familia.

Estos son los cuentos que puedes leer en este tomo.  
Como descubrirás,  
se trata de 3 historias muy diferentes.

En ellas, podemos aprender muchas cosas  
por ejemplo:  
a afrontar el futuro sin miedo,  
a buscar el apoyo de nuestros seres queridos,  
y a tener solidaridad con las demás personas.

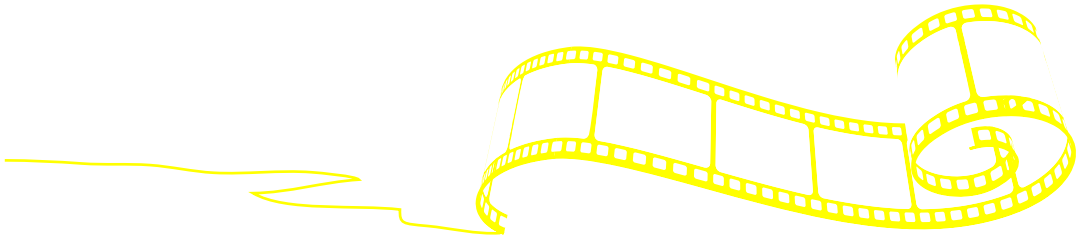
También nos recuerdan  
que todas las personas tenemos el derecho  
a vivir en paz y sin miedo,  
con planes de futuro, ilusiones y deseos.

Esperamos que estos cuentos sean de tu interés  
y te ayuden a aportar tu granito de arena  
para terminar, para siempre,  
con la violencia de género  
en nuestra sociedad.









Un **cliché** es una tira de fotos revelada, en la que puedes ver imágenes.

**Velado** viene de **velar**.

En fotografía, **velar** es cuando una imagen se borra del todo o solo un poco a causa de la luz.

–Haz la maleta, nos vamos.  
Coge la maleta más grande  
que encuentres– me dijo mi madre.  
Aunque su voz temblaba,  
mi madre me lo dijo con seguridad.

Colgué el teléfono  
y le hice caso rápido.  
No sabía cuánto tiempo tenía.

Además, no había equipaje tan grande  
para la vida que llevaba a mis espaldas:  
las noches de despertarme llorando,  
las noches de rabia y pena,  
los días tan tristes y sin fin.  
Quería llevarme más y más cosas,  
pero ninguna me parecía bien.  
¿Volvería a ver a mis gatos?  
¿Volvería a ver mi bicicleta de color plata?  
¿Dónde demonios estaba la cámara de fotos?

Estaba en el balcón de mi dormitorio,  
en la planta 2.  
Desde allí, escuché el motor de un coche que llegaba.  
Me asomé con cuidado.  
Esperaba que mamá saliera de un taxi  
y me hiciera nuestra señal,  
esa señal que solo nosotras entendíamos.

1, 2, 3 segundos...  
Mi corazón latía con fuerza.  
Sentía la presión subir desde el pecho a la garganta.

Mi padre llegó en su coche.  
Su coche era un Mercedes de color blanco,  
que siempre estaba muy limpio.

Mi padre se bajó de su coche.  
Su mirada daba miedo, creaba **tinieblas**.

Siempre daba terror,  
hasta en el mismo día  
de su cumpleaños.

Quando hay **tinieblas**,  
no hay luz  
y no se puede ver bien.

–¿Qué haces ahí?  
¿Adónde te crees que vas  
con esa maleta, niña de mierda?  
¿Esperas a tu madre?  
¡Te vas a enterar! –me gritó,  
mientras subía las escaleras.

Cierro los ojos un segundo más.  
Recuerdo las imágenes,  
que no tienen orden en mi mente.

Estos recuerdos son como **clichés velados**,  
pues están borrosos en mi memoria.

Recuerdo encerrarme en el baño.

Recuerdo cerrar la puerta con el pestillo.

Recuerdo los golpes,  
recuerdo a mi madre.

Recuerdo los gritos.

Recuerdo el sonido de las llaves  
y el ruido de la policía.

Recuerdo la sirena de la ambulancia.

Para mí, es como si no hubiera  
amanecido en varios días.

Pero ahora estoy en mi **ceremonia de graduación**.  
Abro los ojos, ya mismo me toca salir.

Una **ceremonia de graduación** es una fiesta  
de fin de curso para las alumnas y alumnos de un curso.  
A esta fiesta, van también sus amistades y familiares.

Llevo puesto un vestido de color rosa  
en la parte de arriba  
y blanco en la de abajo,  
con **escote palabra de honor**  
y una lazo negro a la altura de la cintura.

El **escote** de un vestido es la parte de arriba  
que deja descubierta parte del pecho y de la espalda.  
El escote **palabra de honor** cubre el pecho de la mujer  
y no tiene tirantes.

Me puse el lazo porque era un día  
muy importante para mí.

Con las prisas,  
olvidé los pendientes de mi tía  
en el cuarto de baño.

Los zapatos, que eran negros  
y de tacón alto,  
me estaban un poco grandes.



Hoy no puedes tropezarte, me dije.

Todas las personas estamos en un salón grande,  
lleno de flores y de gente vestida con ropa elegante:  
los hombres, con traje y corbata,  
las mujeres, con vestidos y zapatos de tacones.

Hay una pantalla gigante,  
como la de un cine.

En esta pantalla, aparecen 2 fotos mías:  
En la foto de la izquierda, tenía 8 años  
y abrazaba un perro dálmata de peluche.  
Era muy feliz en aquella época.

En la foto de la derecha, ya soy mayor.  
Llevo una camisa blanca y una corbata  
y la banda de color violeta sobre los hombros.  
La banda es la cinta que nos ponemos  
para la foto de la orla de fin de estudios.

A mi izquierda,  
hay una señora rubia con traje de color rojo  
y una **beca** de color tabaco.



Una **beca** es una banda  
que llevan las personas  
en las ceremonias de graduación  
para celebrar que han terminado unos estudios.

No conozco a esta señora.

Ella sonrío de manera exagerada  
y me dice:

–¡Ay, qué linda!

¿Esa niña tan feliz eres tú?

Digo sí con la cabeza.

Sonrío y me pongo en pie.

Ya llegó la hora.

No te tropieces, vuelvo a decirme.

El Director me da mi título,  
con una cinta violeta.

Otros profesores me dan la enhorabuena.  
Están todos muy animados.

Con la mirada, busco en el salón  
a las 11 personas que han venido conmigo.  
Hago un gesto de triunfo.  
Mientras tanto, un periodista hace una foto  
para la revista del periódico local.

Mi abuela lleva puesto el abrigo  
de las ocasiones especiales.  
Parece una reina.  
Mi familia y mis amigos muestran mucha ilusión  
y aplauden como nunca.  
Algunos lloran un poco de la emoción.

Mamá graba vídeos sin parar  
con su cámara de fotos.

Este triunfo es también por ellos, me digo.

Desde pequeña,  
siempre he sabido que quiero elegir mi vida.  
Quiero ser independiente y libre.  
No quiero repetir lo que he vivido en casa.  
Yo quiero marcar mis tiempos.  
Yo quiero marcar mis ritmos en la vida.  
Yo quiero hacer mi propio camino.  
Yo quiero ser la dueña de mi destino  
y reflexionar sobre mi propia vida.

En el brindis, chocamos las copas con fuerza  
y hacemos muchas fotos.

Quien me conoce sabe  
que esto no es solo  
una ceremonia de graduación.  
Es mucho más que eso.



Caminamos por las calles del barrio de Vegueta,  
paseamos por delante de casas con balcones,  
puertas de madera,  
y fachadas de colores.  
Llegamos a la Plaza de Santa Ana,  
que está en el barrio de Vegueta.

Recuerdo el **DEMA** y la **Casa de Acogida**.

**DEMA** es

**Dispositivo de Emergencia para Mujeres Agredidas.**

Es un servicio de atención  
a mujeres víctimas de violencia de género  
y a sus hijas e hijos.

Una **Casa de Acogida** es un lugar  
en el que se acoge por un tiempo a mujeres y sus hijas e hijos  
víctimas de **violencia de género**.

La **violencia de género**  
es la violencia física o emocional  
que sufre una mujer por parte de un hombre  
por el hecho de ser mujer.

También recuerdo lo bien que dormía allí,  
tras tantas noches de miedo  
y de mirar al reloj.

Me siento como cuando alguien sopla tus heridas  
y ya sabes que se curarán más tarde.

Todo empezó como una pesadilla.  
Pero la pesadilla ya terminó.  
Por fin, se hizo realidad el sueño  
de encontrar la paz y la alegría.

Mi amiga Isa saca una foto a los perros  
que hay enfrente de la Catedral de Santa Ana.

–¡Un recuerdo más! –dice.

Estos perros no se mueven  
porque son estatuas.  
Nos recuerdan que el tiempo pasa,  
aquí y en todos lados.

Luis está conmigo.

–¿Qué harás ahora? –me pregunta.

–Terminar el **máster**  
y volver a Valencia,  
¿te parece poco? –le contesto, entre risas.

Un **máster**  
es un curso que se hace en la universidad  
después de una carrera universitaria.

Nos reímos.

–También voy a esperar a tiempos mejores,  
en los que tú y yo seamos ricos y famosos.  
Nos reímos a carcajadas.

Continúo:

–Nadie dijo que la vida fuera fácil.

Por eso la valoro tanto, como ya sabes.  
Luis me parece un hombre,  
pero también me parece un niño.

Luis me mira.  
Creo que me guiña un ojo,  
pero no estoy segura  
porque es de noche y está oscuro.

–Ha sido un gran día,  
te llevo a casa a descansar –me dice.

El camino a casa está lleno de farolas.  
Ni me sobra, ni me falta nada.  
Veo pasar a toda velocidad la Avenida Marítima.  
Acostumbrada a tempestades del pasado,  
me parece que el mar en calma es un regalo.  
Desde siempre,  
me gusta buscar emociones  
en cada paisaje.

Cuando para el coche frente a casa,  
abro la puerta y le digo:

–Gracias por venir.

Te veo el lunes antes de irme.

Abro la puerta del coche con torpeza,  
con los zapatos en una mano  
y el bolso, el fular y la beca en la otra.

Tropiezo al salir con la larga beca  
que me pusieron hoy.

He bebido un poco de más y noto  
los efectos del alcohol.

Parece que mis pies quieren rebelarse.  
¡Qué torpe soy!

Luis se ríe, burlón.

–¡Madre mía! –exclama.



Se baja rápido del coche y  
me ayuda a levantarme del suelo,  
como si fuese una niña pequeña.

Recogemos las cosas que se me han caído.

Nos miramos, estamos demasiado cerca.  
Me roza la barbilla con su mano.  
Estoy muy emocionada.  
Se acerca más y me besa con cariño.

El tiempo se para.

Me acerco para entrar en mi casa.  
Por dentro,  
estoy dando saltos de felicidad.

–¡Espera! –grita Luis  
y me enseña mi cámara  
por la ventanilla del coche.  
La había olvidado en el asiento.

-¡Mi cámara, siempre la olvido!

La cojo y la acaricio.

Al tocarla, rozo todos

y cada uno de los momentos de mi historia.

Guardo estos momentos

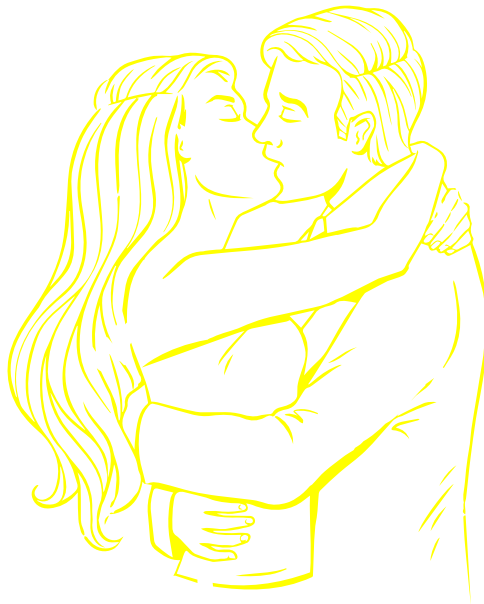
en el interior de mi cámara.

Pienso en mis nuevos proyectos.

Pienso en mis deseos,

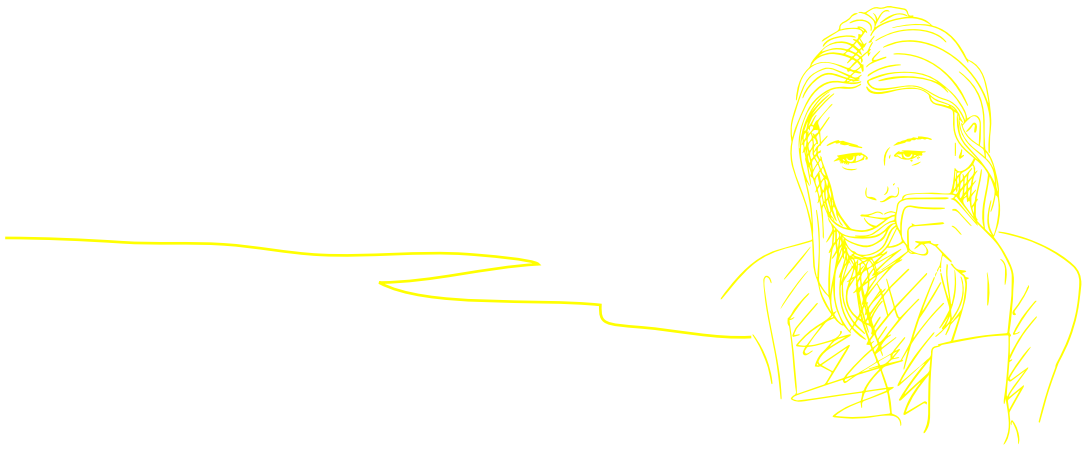
con la ilusión de una niña que sopla las velas

en el día de su cumpleaños.









En esta cuento, aparecen varios personajes:

- Beatriz, la protagonista.
- La madre de Beatriz.
- El padre de Beatriz.
- Susana, la amiga de Beatriz.
- Leire, Daniel y Carlitos,  
los hermanos pequeños de Beatriz.
- La tía Tere.
- Doña Lolita, una buena vecina.
- Liuva, una amiga nueva.

Mamá siempre guardaba la sonrisa  
en una habitación de nuestra casa.

Descubrí esto, que era su secreto,  
cuando pasó el tiempo.

Al principio,  
pensaba que su sonrisa era de verdad.

Cuando reía,  
le salían arrugas en la cara y en los ojos.  
También le salían las arrugas cuando no reía,  
y eso me sorprendía.

Cuando había discusiones fuertes o se ponía nerviosa,  
mamá no podía parar de llorar.  
Entonces, iba a su cuarto  
y salía después con una sonrisa.

Un día, decidí que mamá iba a sonreír de verdad.  
Pero, como dije antes,  
tardé tiempo en darme cuenta de su secreto,  
de su **sonrisa oculta**.

Una **sonrisa oculta** es una sonrisa que escondemos.  
En el cuento, verás que hay sonrisas diferentes:  
algunas son de verdad, otras son de mentira.

Mamá nunca se ponía cremas  
y apenas se cuidaba.

Yo siempre buscaba aquel tarro de crema.  
El tarro era de cristal  
y tenía una tapa rosa.  
Era la crema que yo quería ponerme siempre.  
Me entretenía poniéndosela a ella.

Una tarde, le dije:

–Mamá, te voy a quitar esas arrugas  
que tienes de reírte.

–Y de llorar, mi hija.  
Y de llorar –añadió con tristeza.

Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas.  
Su mirada se hizo más dura  
y no tenía nada que ver con su sonrisa.

A partir de entonces,  
algo cambió dentro de mí.

Empecé a hacerme preguntas:

–¿Por qué lloraba mamá?

–¿Por qué su boca decía que estaba bien  
y sus ojos pedían socorro?

Pensé en las cosas que pasaban en casa.

–¡No vales para nada! –le decía papá.

–¡Estás sola en el mundo!

Sin mí, no eres nadie –le gritaba.

Nunca entendí por qué le decía eso,  
si mamá nos tenía a nosotros.



La verdad es que papá  
sí que la dejaba sola muchas veces.  
Pero mamá sonreía,  
incluso en esos momentos tan difíciles.

Cada vez eran más los momentos  
en los que mamá estaba muy triste.  
Pero ella decía que no lo estaba  
y seguía sonriendo.

Había veces que la **estrategia** no funcionaba,  
sobre todo cuando íbamos en coche,  
porque allí no había sitio para esconderse.

Una **estrategia** es un método o un plan  
para hacer una cosa  
o resolver un problema.

Por eso, mamá odiaba el coche.  
Yo también lo odiaba.  
Cuando escuchaba el motor acelerando,  
sentía un miedo terrible.

Papá siempre bebía mucho,  
aunque él decía que dejaría  
de beber cuando quisiera.

Muchas veces,  
mamá no paraba de gritar.  
Le rogaba que nos dejara salir del coche.

Como el coche no tenía cinturones  
en la parte de atrás,  
como pasaba con los coches de antes,  
mamá estiraba la mano hacia atrás  
para protegernos.

Yo hacía lo mismo.

No quería escucharles,  
pero era muy difícil taparme los oídos.  
Me apoyaba en la puerta del coche  
para taparme el oído derecho.  
Me tapaba el oído izquierdo con una mano  
y con el brazo libre protegía a mis hermanos.

Entonces, cerraba los ojos y  
me ponía a cantar una canción,  
la canción de mis dibujos japoneses favoritos,  
esos que yo sabía dibujar muy bien.

El tiempo pasaba  
y yo cada vez estaba más triste.

Intenté que las cosas fueran mejores,  
pero no sirvió de nada.

Papá siempre estaba borracho  
y nunca me hacía caso.

Él se metía conmigo siempre.  
Creo que no le gustaba  
que yo entendiera tan bien a mamá.

Además, siempre intentaba  
arreglarlo todo con regalos.



Yo le decía que me gustaban mucho,  
pero solo deseaba una cosa: que cambiara.  
Pero él seguía poniendo triste a mamá,  
a mí y a todos.

Un día, mi amiga Susana vino a jugar a casa  
y papá rompió un mueble  
y varias cosas en la habitación de al lado.

Desde entonces, dejé de abrirle la puerta  
cuando venía.

Ella le pedía a su madre  
que la dejara venir a mi casa  
a jugar con las muñecas.

Yo no le abría la puerta  
y  **fingía**  que no había nadie en casa.

**Fingir** es dar a entender algo  
que no es verdad.

Hice esto varias veces  
y dejó de venir.

Estuve mucho tiempo sin ver a Susana.

Con papá, lo peor eran los fines de semana.  
En los fines de semana, bebía más  
y se ponía más furioso con nosotros.

Yo ya estaba cansada de que quisiera  
a todos los demás  
y a nosotros no.  
Mamá también estaba cansada.

Cada vez, los enfados eran peores.  
Cada vez, mamá  
se encerraba más veces  
con papá para discutir.



Yo sabía que algo terrible iba a pasar.

Y pasó esa noche.

Para aquella noche, yo ya había descubierto la estrategia de mamá y su sonrisa.

Yo también sonreía para hacer creer a la gente que era feliz.

Aquella noche, mamá no quería abrir la puerta.

Papá no llegaba del trabajo.

Pasaban las horas

y mamá cada vez estaba más nerviosa.

Cuanto más tiempo pasaba,

más borracho y enfadado venía papá.

Mamá lo sabía bien.

Ese día, papá iba a llegar muy tarde.

Cuando se hizo de noche,

mamá cogió la llave,

le dio las 2 vueltas en la cerradura

y la dejó puesta.

Pasaron muchas horas.

Mamá hacía muchas cosas a la vez  
y fingía estar tranquila.

Mamá les dijo a mis hermanos pequeños,  
Daniel y Leire, y a mí,  
que nos encerráramos en el cuarto.

–No salgáis de aquí hasta que yo diga.  
¡A dormir! –nos ordenó.

No le hicimos caso.

Nos metimos los 3 debajo de la manta,  
como si fuera una tienda de campaña.

Leire, mi hermanita pequeña,  
tenía los ojos abiertos como platos.

Hablábamos muy bajito.

Nos queríamos que mamá nos oyera.

Leire me preguntó:

–¿Tienes miedo?

–No –contesté.

–¿Qué va a pasar? –preguntó.

–No va a pasar nada, Leire.

Coge el peluche, anda –le dije.

–¡Eres muy pesada!

Estate quieta ya –dijo Daniel.

De repente, escuchamos el sonido de la llave.

Nos miramos a los ojos varias veces,

sin decirnos nada.

El ruido de la llave se repitió.

Papá golpeó la puerta con fuerza.



–¡Déjenme entrar! –gritó.

Mis hermanos querían llorar,  
pero se aguantaban.

–Vamos con mamá –dijo Leire.

–No, mamá dijo que no saliéramos –contestó Daniel.

Cada vez era más difícil evitar que lloraran.

Mamá suplicaba:

–Vete, así no vas a entrar en casa –le dijo.

De pronto, escuchamos un ruido muy fuerte  
y los gritos de papá cada vez más cerca.  
Papá ha entrado en la casa.

Los gritos de mamá golpeaban  
nuestros oídos con fuerza.

Vimos la escena.

Estábamos llenos de sudor y aterrorizados.

Parecía que el tiempo iba más lento.

Parecía que las voces eran ecos lejanos.

Parecía que mamá no era mamá

y que nosotros no éramos nosotros.

Parecía una película de terror,

solo que no podíamos ponerla en pausa.

Corriendo, nos pusimos entre papá y mamá.

Nos gritaba, estaba fuera de sí.

–¡Fuera!

¡Quítense de en medio! –gritaba.

Tiró la mesa al suelo,

nos insultó y se marchó.

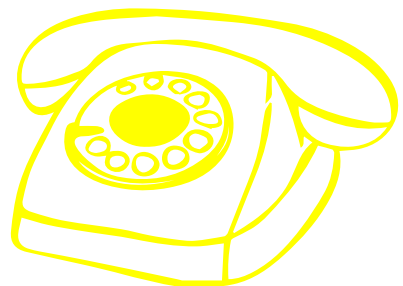
No podíamos parar de temblar.

Estábamos preocupados por mamá,  
que estaba embarazada.  
También estábamos preocupados  
por mi hermano Carlitos,  
que todavía estaba en la barriga de mamá.

Mamá se fue para adentro  
y llamó por teléfono.

Mi tía Tere llegó en poco rato.  
Mi tía Tere no era mi tía de verdad,  
pero como si lo fuera.

Nosotros veíamos los dibujos animados,  
pero no les prestábamos atención.  
Mientras tanto, la tía Tere y mamá  
hacían llamadas de teléfono.



Un rato más tarde,  
mamá entró en la habitación con la tía Tere.

–Me llevo a mamá al hospital,  
doña Lolita cuidará de ustedes –nos dijo.

Doña Lolita vivía cerca de nosotros.  
Era como mi abuela, como la mamá de mamá.  
Como la mamá que se fue  
cuando ella solo tenía 14 años.

Yo estaba muy nerviosa,  
pero se me quitaron los nervios un poquito  
porque mamá nos dijo  
que podíamos esperarla despiertos.

Me puse a freír papas,  
Daniel sacó los cromos de fútbol  
y Leire se puso a hacerle coletas  
a doña Lolita.

Jugábamos mucho con doña Lolita  
Aunque ella se quedaba dormida,  
nosotros intentábamos que se aprendiera  
los nombres de los jugadores de fútbol de los cromos.

Teníamos muchos cromos,  
porque les ganábamos muchos  
a los otros niños del colegio.

Decíamos, una y otra vez,  
los nombres de los futbolistas  
a doña Lolita:  
Bakero, Chapi, Morales...  
ella los repetía, pero los olvidaba.

En realidad,  
doña Lolita estaba pendiente del ascensor  
y esperaba la llegada de mamá.

Papá había roto la puerta de la calle  
con un golpe grande y terrible.

Nos daba miedo dormir con la puerta rota.  
Menos mal que doña Lolita no se movía de allí  
Allí estaba ella, sin moverse,  
con la silla pegada a la puerta.  
Con la cabeza muy alta y en alerta.

Doña Lolita estaba muy seria,  
aunque reía cuando le hacíamos una coleta  
o le prestábamos nuestros cromos.  
No le importaba que los vecinos miraran  
y que se llevaran las manos a la cabeza.

Todos los vecinos sabían lo que pasaba.  
Pero nadie decía ni hacía nada.

Doña Lolita se enfadaba  
cuando algún vecino miraba mucho rato.  
Entonces, les decía cualquier cosa  
para que se fueran  
y seguía cuidándonos,  
siempre pendiente de nosotros.

Papá se equivocaba cuando decía  
que mamá estaba sola.  
Mamá jamás estuvo sola.  
Nos tenía a nosotros.  
Tenía a la tía Tere, tenía a doña Lolita.

Cada vez que sonaba el ascensor,  
doña Lolita daba un salto.  
Cuando veía que el ascensor  
no se abría en nuestra planta,  
volvía a su silla.

Al fin llegó mamá.

–¿Cómo está el bebé? –le pregunté.

–El niño está bien,  
y yo también –contestó.

–Pero tenemos que irnos de casa,  
¿de acuerdo? –añadió.

Dijimos que sí con la cabeza.

Entendimos que teníamos que hacerlo.

–Solo podemos llevarnos

lo más importante

en la maleta –nos dijo.

Despedirme de mis amigas y amigos del colegio

fue lo que más pena me dio.

Mamá nos prometió que, cuando todo acabara,

volveríamos a verlos.

Era invierno y llovía.

Un coche negro llegó despacio

para llevarnos a la casa en la que nos iban a ayudar.

El camino fue largo y silencioso,

había hojas de árboles de todos los colores.

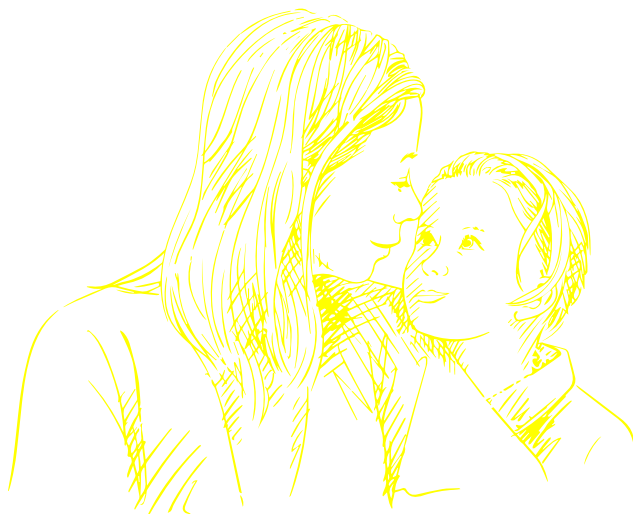
Todos sabíamos que nunca más seríamos los mismos.



Fuimos muy felices en la nueva casa.  
También fui muy feliz en mi colegio nuevo,  
con mi nueva amiga, que se llamaba Liuva.

Liuva fue una gran amiga en aquella época.  
Ella nunca me hizo preguntas  
y me ayudó con sus fantasías.  
Sentí no poder despedirme de ella.  
Sentimos un vacío grande cuando volvimos.  
Pero sabíamos que teníamos que volver.

Y volvimos, esta vez con una sonrisa de verdad.  
La sonrisa de mi madre y la mía  
ya no fueron nunca más sonrisas ocultas.











Mi boda fue en la Iglesia de Santa Brígida,  
en el año 2001.

Mi bautizo fue también allí,  
en la misma iglesia.

Mi boda fue el día más feliz de mi vida.  
Disfruté mucho de ese día.

Ese día sentí, en primera persona,  
que un hombre puede amar a una mujer de verdad.

Mi marido es mi compañero y mi amor.  
Él me quiere y me respeta,  
me hace sentirme una mujer más grande y más fuerte.

En el día de mi boda,  
mi madre me hizo el mejor regalo:  
sus palabras.

Sus palabras fueron muy emocionantes  
para todas las personas  
que estábamos en la iglesia.

Ese día, mi madre nos recordó  
todo lo que tuvimos que vivir con mi padre.  
Mi padre fue un hombre muy complicado.

A día de hoy, puedo decir que nunca  
llegué a conocerlo.

Pero, antes de llegar al día de mi boda,  
viví muchos malos momentos.  
Durante estos malos momentos,  
mi madre siempre estuvo conmigo.

Voy a contar un poco la historia de mi madre.

Mi madre llegó de las islas **Filipinas** en 1979.

Las islas **Filipinas** son unas islas que forman un país en el continente de Asia. Su capital es Manila.

Primero, ella estuvo en Lanzarote.

Allí trabajó con una familia que la hicieron sentirse como una extraña.

Después, tuvo la suerte de conocer a otra familia en Gran Canaria. Esta familia la acogió como una más.

Dos años más tarde, en 1981, llegó mi padre de **Cuba**. Mi abuelo era de Gran Canaria. Él también se fue a Cuba a buscar una vida mejor, pero había vuelto antes que mi padre.

**Cuba** es un país del Caribe. Está en el continente americano. Su capital es La Habana.

Mis padres se conocieron en el Arco de Atalaya,  
en Santa Brígida.

Mi madre estaba muy enamorada.

Se casaron al poco de conocerse, en 1984.

Yo nací cuando ya llevaban casados un año, en 1985.

Fui una niña muy deseada.

Mi madre siempre quiso  
que la familia estuviera muy unida.

Creo que tengo una mente abierta  
porque mis padres son de diferentes culturas y lugares:  
Canarias y Filipinas.

Yo no tengo problemas frente a lo desconocido.

Para mi madre, yo siempre he sido un **refugio**  
en los momentos duros.

Un **refugio** es un lugar  
para protegerse de un peligro.  
En este cuento, Noemi es la persona a  
la que acude su madre para protegerse.



Ella es la mejor madre:  
ella siempre lo perdona todo,  
saca fuerzas de donde no hay,  
sigue siempre adelante  
y está al lado de las personas que más la necesitan,  
incluso aunque estas personas no lo merezcan.

Mi padre se despidió de mí para siempre  
en la Iglesia de Santa Brígida,  
un año antes de mi boda,  
en la comunión de mi hermana, en el año 2000.

En aquel momento,  
vi una mirada triste y vacía:  
la mirada de un hombre  
que se daba cuenta de lo que había perdido  
y que se rendía y no luchaba más por la vida.

Dos años antes, en 1998,  
mi madre trajo a mi hermana,  
que era hija de su primer matrimonio en Filipinas.

Mi hermana tenía 23 años.

Para mi madre,

fue muy difícil traer a mi hermana a Gran Canaria por problemas familiares y **burocráticos**.

**Burocrático** viene de **burocracia**.

La **burocracia** es el conjunto de reglas que hay que seguir y de documentos que hay que rellenar para hacer un trámite en la administración.

Un **trámite** es una gestión necesaria para conseguir un resultado. Por ejemplo, traer a alguien de otro país, adoptar un niño o divorciarse.

Un año más tarde, en 1999, mi hermana nos dio la noticia de que se volvía a Filipinas.

–Aquí no soy feliz –nos dijo.

Mi madre y yo nos quedamos muy tristes, con mucha pena porque se fue.

No lo sabíamos entonces,  
pero mi hermana huía de un secreto  
que destrozaría a nuestra familia.  
Un secreto que descubriríamos más tarde.

Mi hermana no se crió con mi madre.  
Ella no tuvo mi suerte.  
Nunca sintió su cariño,  
a pesar de que mi madre la amaba desde lejos.

Además, mi hermana tuvo una mala consejera  
que le decía que mi madre no la quería  
todo el tiempo.

Cuando llegó a Filipinas,  
recibimos una llamada:  
mi hermana estaba embarazada  
e iba a dar a luz.

Tuvo una niña.



Al poco de nacer la niña,  
mi hermana nos llamó muy preocupada.  
Nos dijo que la niña estaba enferma  
y que no sabía qué hacer.

Mi madre volvió a traer a mi hermana  
para curar a la niña.  
Ahora, lo importante era  
que la pequeña se pusiese bien.  
En casa, mi hermana lloraba y lloraba.

–El padre no quiere hacerse cargo –decía.

Pasaron los días y los meses,  
hasta que pasó un año y llegó el año 2000.

En ese año, nació la segunda niña.  
Fue entonces cuando nuestra familia  
se rompió en 1000 pedazos  
que yo intentaba pegar en mis sueños.

Quería pensar que aquello era solo una pesadilla de una adolescente de 15 años.

Recuerdo la conversación exacta que tuvieron mis padres cuando mi padre llegó del hospital materno:

–Ahí dejé a tu hija, pariendo –dijo mi padre, muy serio.

–Tú eres el padre.  
Dime la verdad –le dijo mi madre.

Mi padre agachó la cabeza y contestó:

–Te equivocaste al traer a tu hija.

Mi madre perdió a su marido  
y también perdió a su hija.  
Yo perdí a mi padre  
y a mi hermana.

¿Cómo sería posible solucionar esto?

La Navidad del año 2000 fue la más triste de mi vida, aunque, justo en esos momentos tan tristes, conocí al que hoy es mi marido.

Él me ha traído mucha felicidad a mi vida.

Mi madre y yo estábamos muy enfadadas.

No queríamos saber nada de los 2:

ni de mi hermana, ni de mi padre, que ahora tenían 2 hijas pequeñas.

Durante un tiempo,

pensamos que sería posible mantenerlos lejos.

**Hacer borrón y cuenta nueva.**

**Hacer borrón y cuenta nueva**

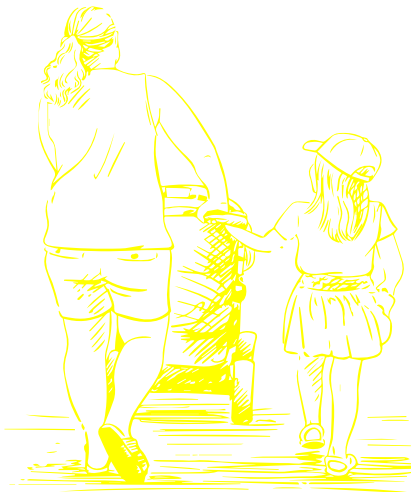
es empezar algo desde el principio y olvidar lo malo pasado.

Un ejemplo es cuando 2 personas se enfadan y después hacen las paces y deciden comenzar su amistad de nuevo.

Pero, un día, paseando por la calle Triana  
con unas amigas,  
vi a mi hermana y a sus 2 hijas pequeñas,  
de 2 y 3 años:  
¡Mis hermanitas!

Eran las hijas que mi hermana  
había tenido con mi padre.  
Yo no las había podido abrazar ni besar,  
ni darles todo el amor que podía ofrecer  
por lo que había pasado.

Desde ese día, una idea rondaba por mi cabeza:  
quería conocer a mis hermanitas.



Los **Servicios Sociales** de Santa Brígida organizaron mi primer encuentro con ellas.

Los **Servicios Sociales** son muy importantes para el bienestar social es decir, para la calidad de vida de las personas en la sociedad.

Fue un día maravilloso.

A partir de aquella mañana,  
todos los días he sabido de ellas.

Por un lado, estaba muy feliz:  
tenía a mi madre,  
tenía a mi compañero y amor  
y tenía a mis hermanas.

Pero echaba de menos a mi padre.

Me preguntaba, una y 1000 veces:



¿Por qué mi padre no me busca?  
¿Por qué tengo que esconderme  
si le veo por la calle,  
si no he hecho nada malo?  
¿Por qué, si es él el que me falló?

Durante esta etapa, mi compañero y amor  
siempre estuvo conmigo.  
Él me apoyó cuando pude reunirme  
con mi padre de nuevo.

Aquel día era muy importante para mí.  
Para él, era un día sin más,  
nada especial.

Cuando llegué,  
me recibió sin ningún brillo en la mirada.

–Podríamos habernos visto antes –me dijo,  
como si él hubiera hecho algo por verme.

Tardé mucho en entender  
que él era así  
porque apenas tuvo relación con su padre.

Tuvo una vida muy complicada  
en la que no le permitieron amar a nadie,  
ni siquiera a sus hijas.

Aunque la vida le dio la oportunidad  
de volver a empezar  
con 2 hijas adorables,  
él no podía aceptar sus errores  
y no era capaz de pedir perdón,  
ni de amar a sus hijas.

# El bautizo de mi hijo Emmanuel

El bautizo de mi hijo,  
que se llama Emmanuel,  
también será en la Iglesia de Santa Brígida.

Emmanuel es el mejor regalo  
que nos ha dado la vida,  
él nos hace muy felices.

Desde pequeña,  
siempre quise ser madre joven  
y así ha sido:  
con 27 años he sentido el milagro de la vida,  
con 1000 emociones distintas.

Pero, a diferencia de mi padre,  
yo sí aprendo de mis errores.

Sé que puedo equivocarme,  
sé que puedo tener dudas sobre su educación,  
pero también sé que yo le di la vida,  
que Emmanuel está en el mundo  
porque lo hemos decidido así  
y que merece todo nuestro respeto  
y todo nuestro cariño.

Y, además, también a diferencia de mi padre,  
me llena de alegría saber que mi hijo  
sí tiene un padre ejemplar,  
un padre generoso que lucha día a día  
por ser mejor persona  
y por dar todo lo mejor a su hijo.

